

Capítulo XLIX.

Donde se vé cómo juega la maldad con la buena fe.

Mientras que los rebeldes entregaban á los enemigos del almirante aquellas nuevas armas para que destruyesen el pedestal de su gloria, tenia que verse el ilustre Colón obligado á soportar, ya casi en el ocaso de su vida, sinsabores horribles, que hubieran acabado con una naturaleza ménos vigorosa que la suya.

Pero la fuerza de voluntad le ayudaba á sufrir aquellas contrariedades, y no es extraño que andando el tiempo haya pensado la Iglesia en canonizar á aquel hombre sublime.

Los tormentos que soportó con asombrosa resignacion y energía, las humillaciones que tuvo que devorar al lado de su ejemplar paciencia, de su bondad inalterable, bastan para justificar el honroso galardón

que á su memoria quiere la Iglesia otorgarle en nuestra época.

Los rebeldes querian entenderse con Carvajal, y la mayor parte de los hidalgos y capitanes que rodeaban al almirante le aconsejaban que no le confiasen aquella mision, porque negociaria más en favor de los sediciosos que en favor de la legitimidad.

Acusábanle de haber llegado con los buques á la costa de Xaragua, y de haber admitido á bordo durante dos dias á Roldan y los suyos, dándoles provisiones de toda clase y armas.

Añadian á esta acusacion la de haber permanecido algun tiempo entre los rebeldes sin que estos le hubieran maltratado.

Por el contrario, le habian colmado de atenciones y le habian acompañado hasta cerca de Santo Domingo.

Colón habia observado atentamente á Carvajal, y no tenia motivo alguno para dudar de su fidelidad.

Desoyendo los consejos de sus amigos resolvió confiarle la mision de negociar la paz con los rebeldes, y encargando al veterano Miguel Ballester que le acompañase, envió á Roldan una carta sumamente afectuosa, ofreciéndole completo olvido del pasado y seguridad personal para él y sus secuaces.

Poco despues de haber salido los dos embajadores á desempeñar su encargo, llegó una carta, fechada tres dias antes en Bonao por los insurrectos Roldan, Mogico, Diego de Escobar y Pedro de Gomez.

Vindicábanse en ella de la acusacion de rebeldía

de que eran objeto, y se presentaban como dignos de premio por haberse opuesto á la tiranía del adelantado, y al mismo tiempo por haber evitado que los que se habian ido con ellos hubieran asesinado á don Bartolomé, puesto que habian abrigado con tenacidad este propósito, del cual habian logrado disuadirlos.

No dudó el almirante, en vista de estas declaraciones, que la reconciliacion se verificaria en breve, cuando tuviesen noticia de la carta amistosa que les habia dirigido, participándoles los medios de llegar á una pronta y honrosa avenencia con ellos.

Pero contrastaba con el espíritu de la carta la arrogancia que manifestaron al leer la de Colon en presencia de Carvajal y Ballester.

Los buenos oficios de los dos leales servidores del almirante inclinaron á Roldan y á dos ó tres rebeldes á ponerse en camino para ir á ver al almirante.

Hicieron los preparativos necesarios para la expedicion que proyectaban, y ya iban á montar á caballo cuando los insurrectos, yendo á su encuentro, rodeándole y oponiéndose con súplicas y con amenazas á su partida, inutilizaron los esfuerzos que habian hecho Carvajal y Ballester.

Pensaban los soldados que sus jefes alcanzarían el perdon, y lo que es más, serian premiados y favorecidos.

Pero desconfiaban de que se extendiese á ellos la munificencia del almirante, y aun cuando esto sucediese, comparaban la vida que entonces hacian inde-

pendiente y libre, llena de goces y desenfrenos, con la que les impondria el almirante; vida que seria peor que la de los demás soldados y colonos, porque les vigilaria muy de cerca, temeroso de que volvieran á insurreccionarse.

Ante este temor preferian los azares de la lucha al perdon y al olvido.

Para aplacarlos Roldan, que deseaba á toda costa poner término á aquella vida anómala, y separarse de unos hombres que se habian envalentonado demasiado, y podian muy fácilmente convertirle en su primera víctima:

—Yo iré á ver á Colon,—dijo á los emisarios delante de los rebeldes.—Pero antes de partir necesito que me envíe un salvoconduto firmado y sellado por él, prometiéndome mi seguridad personal y la de mis compañeros.

Ballester tramitó esta proposicion al almirante, y se permitió aconsejarle que accediese á ella.

Colon siguió el consejo.

Poco despues recibió Roldan el salvoconduto que deseaba, y llegó á Santo Domingo, donde celebró con el almirante una conferencia dolorosa para el ilustre hombre, que bajo la imperiosa ley de la necesidad tenia que humillarse, á pesar de ser tan grande, ante aquel hombre tan mezquino y repugnante, que sólo explotando las malas pasiones de sus pervertidos compañeros habia podido adquirir la influencia de que gozaba.

Colon siguió el consejo.

Cada día que pasaba sin lograr la rendición de los rebeldes aumentaba el martirio de su corazón.

Perdía el tiempo en estériles negociaciones.

El temor de una lucha con sus propios hermanos le aterraba; pero al mismo tiempo deseaba volver al Golfo de Paria para proseguir los descubrimientos que con tan buen éxito había empezado, descubrimientos que debían alcanzarle de nuevo la admiración de Europa y facilitarle los medios de recuperar la influencia que había perdido en el ánimo de los soberanos de España.

Por eso accedió á todas las condiciones que le imponía Roldan.

Pero no satisfecho aquel ingrato y fementido hombre, pretextando que quería consultar con los suyos su resolución, volvió al seno de los rebeldes y se mostró desde entonces más arrogante que nunca.

Envió su contestación desde el cuartel general, y fijó al almirante el plazo de ocho días para que contestase á sus condiciones.

Eran tan irritantes las que exigía, que Colon, en vez de darle la contestación que pedía, mandó fijar una proclama en los puestos de la fortaleza de la Concepción ofreciendo amnistía á Roldan y á sus compañeros con tal de que se sometieran á su autoridad en el término de un mes, en cuyo caso á los que tal hiciesen les facilitaría el pasaje para España y se les darían provisiones.

Los que no se presentaren en aquel plazo, serían perseguidos y caería sobre ellos el rigor de la ley.

Carvajal se encargó de llevar una copia de esta orden á Roldan.

Al ir en su buque le encontró sitiando el fuerte de Santo Domingo.

Para apoderarse de él había tomado todas las sendas por donde los defensores de la fortaleza iban á buscar agua, y se proponía condenarles á morir de sed, sino querían entregarle la fortaleza y formar parte de sus filas.

Carvajal le disuadió de su intento, y no tuvo que trabajar poco para lograr apaciguar á aquellos malvados.

Todos se mofaban de la proclama y decían únicamente:

— Antes de un mes tendrá Colon que pedirnos á nosotros que le perdonemos.

Consiguió, sin embargo, Carvajal que Roldan redactase las bases de una capitulación.

En ellas exigía el permiso para embarcarse con sus compañeros en el puerto de Xaragua en dos buques que pondría el almirante á sus órdenes, bien provistos y armados.

Exigia además á Colon que diese á cada uno de sus secuaces un certificado de su buen comportamiento y una orden para que les abonasen las pagas que habían devengado, premiándoles sus buenos servicios, con el derecho de llevar uno ó más esclavos, ó en cambio á las mujeres indias á quienes habían seducido, y de las que tenían hijos ó estaban próximos á tenerlos.

Para que resolviese el almirante, le daba de término ocho días.

Colon pasó por aquella nueva humillacion.

Pero no era bastante.

Uno de los buques que envió á la costa de Xaragua para que tomase á bordo á los rebeldes, sufrió grandes averías en el camino, y no llegó en los términos fijados.

Los rebeldes se arrepintieron de la promesa que habian hecho, pretextaron que los barcos estaban en mala disposicion para emprender el viaje, y se negaron por completo á partir.

Entonces fué cuando Roldan comprendió que le era ya imposible sujetar á aquellos hombres feroces, y aparentando acceder á sus deseos, cuando Carvajal dispuso que las carabelas volviesen á Santo Domingo, y se decidió á ir por tierra á la colonia, quiso acompañarle, y en medio del camino le obligó á detenerse.

Solos los dos, y á la sombra de un árbol, hablaban largamente.

—Si el almirante quiere enviarme un salvoconducto escrito de su puño y letra para mi seguridad personal y la de mis caudillos iré á verle, y os prometo que terminaré nuestras disidencias de una manera digna, porque esta vida me cansa ya y deseo deshacerme de mis mismos amigos.

Convinieron en que Roldan esperaria á Carvajal para saber la resolucion del almirante, y no tardó en volver con el salvoconducto que pedia y una carta

amistosa, exhortándole de nuevo á la reconciliacion.

Al mismo tiempo rogó á las personas más influyentes de la colonia para que escribiesen en igual sentido á Roldan.

Ya parecian próximas á arreglarse las diferencias; ya iba á tocar el fruto el ilustre marino de su conducta bondadosa; ya acariciaba la esperanza de poder consagrarse á sus nuevas exploraciones, cuando llegó un buque de España con comunicaciones de los reyes que le affigieron en extremo.

La carta estaba escrita de orden de los soberanos por el obispo Fonseca, y con glacial lenguaje le daban á entender que no se ignoraba en la corte el triste estado de la colonia, y que habiendo motivos para pensar que le cansaban su conducta y la de sus hermanos, se hallaban los reyes resueltos á enterarse por sí propios de todo lo que ocurría, para poner pronto remedio á aquellos males é imponer el castigo á los que lo mereciesen.

Esta helada respuesta á las urgentes peticiones que habia dirigido en sus últimos mensajes, le demostraron que sus enemigos ganaban terreno, y cayó en un profundo abatimiento.

Mayores consecuencias debia tener esta contestacion, tan poco meditada, en las negociaciones que tenia pendientes.